

1. ICARIA

Una mirada menos atenta podría confundir la estatua de bronce que se yergue sobre el puerto de Agios Kyrikos con una grúa oxidada. Dos alas que parecen pétalos alargados –miden unos siete metros de altura– sostienen otro par de alas más plumosas y pequeñas entre las cuales se alcanza a distinguir una figura diminuta; como si de un símbolo heráldico se tratara, reivindica la isla como el lugar donde cayó al mar el desafortunado Ícaro.

A lo largo de la historia las islas del Mediterráneo han tendido a ir cambiándose de nombre al capricho de los distintos comerciantes y navegantes que surcaban estos mares. Los fenicios llamaron a la isla Iktheoussa de “ikor” –es decir, pez– palabra que por su semejanza fonética, habría hecho que los navegantes griegos relacionasen esta isla con la historia de Ícaro. Robin Lane Fox en su libro “Travelling Heroes” señala cómo los griegos del siglo VIII a.C. durante sus periplos por el Mediterráneo creían haber localizado en ciertos parajes los lugares descritos en sus viejos mitos; cualquier coincidencia casual en el nombre habría corroborado esta identificación.

De modo que no es descabellado pensar que semejante analogía habría inducido a los navegantes a reconocer esta isla como el lugar donde Ícaro cayó al derretir el sol la cera de sus alas. Existe una segunda versión de la historia en la que Ícaro habría sido llevado por las olas hasta la isla después de naufragar el barco en el que huía del rey Minos, pero es la primera la que ha gozado de más popularidad –y aún reverbera en la poesía moderna. Así tenemos a Muriel Rukeyser, que recrimina a Ícaro

por su tardanza en volver de su vuelo y confiesa que también a ella le habría gustado probar aquellas alas; o a Christine Hemp, que retrata a un Ícaro exultante por haber roto por fin el hilo que le unía a su padre, mientras el Ícaro de Edward Field se ha refugiado en una casita de los suburbios, empeñado en construir unas alas con las que intentar una y otra vez, sin éxito, volar hasta el techo del salón; por otra parte, Aurora Luque nos recuerda que un Ícaro puede caer en cualquier bahía o carretera. Para esta poeta lo más preponderante son los preparativos del cuerpo para emprender este vuelo de imaginación que inevitablemente acabará en caída.

Pero el poema más conocido tal vez sea el de Auden, inspirado a su vez en la obra “Paisaje con caída de Ícaro” de Pieter Bruegel el Viejo en el cual se distinguen, en una esquina del cuadro, las dos piernas de Ícaro antes de hundirse en el agua. Ante tal evento el barco sigue su curso, el pastor sigue atendiendo a sus ovejas, el granjero arando... Algunos dirían que semejante indiferencia ante un acontecimiento tan fuera de lo común sería típico de los Icariotas. “Viven de espaldas al mundo”, “Son todos comunistas”, “Venden vino en las farmacias”, “No se levantan hasta mediodía” “Viven muchos hasta los cien años” fueron algunos de los comentarios que había oído respecto a los Icariotas y si bien mi pretexto para visitar la isla fue para probar los famosos baños termales radiactivos a orillas del Egeo –tras un invierno padeciendo de ciática y leyendo a Jane Austen, en cuyas novelas, recordemos, muchas protagonistas acuden a los baños termales de Bath –también sentía cierta fascinación por conocer esta isla tachada por muchos griegos como “peculiar”. Su longevidad ya era proverbial en el siglo XVII. El obispo de Samos, Joseph Georgirenes –el que fundara la iglesia ortodoxa en el barrio de Soho en Londres, de ahí Greek Street– escribió ya por el año 1670 que la riqueza de los Icariotas era escasa pero que gozaban de una gran libertad y que generalmente vivían muchos años y con tanta despreocupación por el futuro como si fuera cada día el último de su vida. (Desde luego habrían sido más afortunados los ancianos de aquí

que los de Siros o Kea obligados a despeñarse en el mar o a beber cicuta al llegar a la vejez).

Tal vez, a modo de guiño a Ícaro, habría sido más apropiado llegar en avión a esta isla que desde el aire tiene forma de tortuga sin caparazón. Pero cuesta desprenderse de esta compulsión que siento por llegar a toda isla por mar y mejor aún si es partiendo desde el Pireo. Sobre todo al amanecer cuando el sol ya está asomándose por las cumbres del Himeto y aún no se han apagado las farolas. Las fachadas siguen sumidas en el sueño pero una riada de coches, camiones y furgonetas inundan las calles buscando como lemmings desesperados el acceso al puerto. “Icaría”, le habíamos dicho al taxista que nos recogió en el barrio de Halandri; sólo con decir el nombre de la isla de tu destino los taxistas te depositan en la puerta portuaria correcta o al menos en un punto cercano a ésta; tal es el caos que reina a esta hora –una cola deslavazada de coches que aguardan entrar en la bodega, otros que desembuchan pasajeros y bagaje, conductores disparando claxonazos, gritos, silbatos y el raspar de ruedas de maleta contra el rugoso suelo de la rampa del ferry. Todo lo cual, no obstante, no dura más que una tormenta de verano ya que en cuanto que uno se instala a bordo y sale a cubierta, pertrechado tal vez con un café y *tirópita* [empanadilla de queso] ya ha raleado considerablemente el enjambre de vehículos y gentes. Los catamaranes han sido los primeros en hacerse a la mar, escabulléndose casi furtivamente, lanzando un penacho de humo no más. Resuenan una serie de golpeteos, nuestro barco se estremece con un sordo latir de motores. Pronto se pondrán en marcha los cabestranes hidráulicos.

Siempre hay algún pasajero que llega en el último momento. Esta mañana es un taxi amarillo que se ha precipitado casi como un suicida hacia la popa del barco. Las amarras soltadas comienzan a subir las rampas con un rechinar que recuerda una enloquecida banda de estorninos. En el muelle apenas queda nadie más que algún perro callejero, un par de vendedores ambulantes que se alejan con sus carritos y dos chicas

gesticulando ante los oficiales del puerto; siempre hay algún pasajero que no llega a tiempo para coger el barco.

Ante la arrogante presencia de un crucero anclado en la zona este y apenas distinguible de las torres de oficinas cristalizadas que orlan el puerto, el “Nissos Mykonos” se desliza hacia la bocana. Mientras recorremos la costa de Apolo, por el megáfono advierten a los pasajeros en griego e inglés de las medidas a seguir en caso de emergencia. El “Nissos Mykonos” acaba de volver a incorporarse a la línea Pireo-Icaría (y algunos días Samos) tras declararse un incendio en su chimenea hace un mes. Con todo, es uno de los mejores barcos que surcan el Egeo, limpio, puntual y espacioso tanto en el interior como en las cubiertas. Se navega cómodamente en él si bien el viaje está punteado por las constantes irrupciones de la voz crepitante del megáfono rogando que pase por recepción una interminable lista de pasajeros, entre ellos algunos conductores de coches mal aparcados en la bodega cuyas matrículas se repiten una y otra vez. Después de unas horas la voz crepitante alterna con las de los vendedores de dulce de *loukoumi* que han subido en Siros –sin duda uno de los puertos más hermosos del Egeo– y recorren el barco hasta llegar a Míconos con sus enormes cestas repletas de dulces y almendras. Llegados a Míconos los barcos grandes ya no fondean en el puerto pintoresco junto a los molinos, sino en un puerto funcional y sombrío a un poco más de dos kilómetros al norte de aquél. Ciertamente no resultan tan emocionantes las escalas como hace décadas cuando a veces –recuerdo arribando a Kárpato– el barco no podía entrar en puerto y salía de éste una barca más pequeña para realizar en altamar la operación de descarga de pasajeros, maletas atadas con cuerdas, bultos envueltos en mantas e incluso mobiliario y electrodomésticos.

Rebasada la isla de Míconos, el mar se torna cada vez más encrespado –es evidente que nos acercamos al temible mar de Icaría. Ya cerca de las tres de la tarde, desde la cubierta y amodorrada entre una mujer que lleva en su regazo un poodle con arnés color rosa y otra a cuyos

pies descansa una jaula y dentro un periquito que parece petrificado de miedo, avisto por vez primera la isla de Icaría.

Con la crisis económica, Évdilos, el puerto situado en la costa norte de la isla, ha eclipsado a la capital, Agios Kyrikos, en lo que respecta a las conexiones con el Pireo; de la misma manera tres días a la semana en verano sigue el “Nissos Mykonos” hasta Samos, pero sólo rozando la esquina de la isla, para arribar al puerto de Karlovasi. Esta medida para ahorrar combustible desde luego ha beneficiado a los taxistas de ambas islas. El que accede a recogernos en el puerto de Évdilos –como tantas veces nos ha sucedido en Grecia parece que son los taxistas quienes eligen a sus clientes y no al revés– es un cincuentón de complexión fuerte y tez rojiza, con una nariz ganchuda y un cuello arrugado, rojizo también, que le da un aspecto de ave de rapiña. Manolis se llama y es muy locuaz. Manejando el volante como si fuera un timón remontamos la colina por la que trepan las casas que rodean el puerto –unas blancas, otras de piedra y todas con tejado rojo– y para cuando hemos dejado atrás Évdilos ya hemos intercambiado suficientes datos como para rellenar un formulario bastante detallado. Tal vez es porque le hemos dicho que somos profesores por lo que adopta un tono didáctico, volviéndose hacia nosotros, incluso en plena curva, para repetir sus frases y asegurarse de que le hemos entendido.

–Sí, se vive bien en Icaría y por tres razones: uno, el agua, que es muy abundante, dos, la buena comida y tres, porque no deseamos acumular posesiones.

–Sí, mucha carne de cabra y eso es porque uno, el agua es tan buena, dos, hay muchas hierbas aromáticas y... ¿a qué no sabéis cuál es la tercera razón? La sal. La sal que trae el viento del mar.

–Algunos dicen que el vino de aquí..., me aventuro a insinuar...

–Quince grados tiene... y ¿sabéis por qué es tan bueno? Porque uno, cortamos las uvas cuando están dulces, dos, las dejamos al sol encima de unas redes durante diez días... diez ¿eh?... para que se sequen, y tres,

dejamos la pulpa en los barriles durante tres días para que haya debajo del vino azúcar puro.

Cada subdivisión es recalcada primero con el pulgar, luego con el dedo índice y por último la mano entera antes de que vuelva la cabeza para asegurarse con mirada inquisitiva de que le seguimos.

También he leído que otro factor que puede contribuir a la longevidad de los Icariotas es que llevan una vida sexualmente activa hasta una edad muy avanzada, pero no me parece apropiado abordar semejante tema con un taxista que acabamos de conocer por mucho que me picara la curiosidad de saber qué subdivisiones habría hecho al respecto.

—Y a propósito de vino, si queréis probar el vino, hoy se celebra una *panayiri* (una romería)... Es el día de Agios Ilías.

Para cuando llegamos a Armenistis hemos acordado que Manolis nos recogerá a las diez de la noche —la hora en que suele empezar la música; el baile, sin embargo, no comenzará hasta más tarde— para subirnos hasta la aldea de Profitis Ilías en el monte.

A las diez y media nos deposita Manolis junto a unos contenedores de basura situados en una bifurcación de la carretera, en un punto en que ésta ya no está asfaltada. Aquí nos recogerá a las dos, será tal la aglomeración de coches para entonces que es mejor que quedemos en un sitio en el cual puede dar la vuelta. Ya flotan en el aire unos acordes vagamente familiares. Caminamos al encuentro de la música sobre el sendero alfombrado de pinaza, a la luz de la luna, casi llena y suspendida como una enorme chapa entre los altísimos pinos de Chipre. A la entrada de la aldea, en una serie de puestos alumbrados por lámparas de keroseno, venden bisutería, juguetes y chucherías. El camino sigue rodeando una amplia explanada, cuajada esta noche de bancos de hojalata y largas mesas de caballete, hasta la iglesia de Profitis Ilías, bañada en una luz de tintes rosáceos, que se yergue sobre los comensales que van llegando con sus bandejas llenas de comida y bebida. Enseguida descubrimos que estas bandejas se han de recoger en una casa cercana, ante la cual aún espera su turno una cola de gente. Al no tener muy

claro si tenemos derecho a unirnos a ésta nos acercamos hasta la iglesia. Es pequeña y atestada de parafernalia religiosa; en sus paredes no cabe ni un icono más. A cada instante los fieles van entrando como polillas de noche, encienden una vela, se persignan, pasan de un icono a otro rozando cada uno con un beso y regresan a la explanada la cual, por momentos, se está tornando más animada si bien se nos antoja como una inmensa burbuja de jolgorio en la que nos está vedada la participación. Optamos, pues, por sentarnos en una de las mesas más pequeñas dispuestas a lo largo del terraplén que rodea la explanada. Sólo está ocupada por dos chicas jóvenes enfrascadas en una animada conversación; ni se inmutan cuando nos instalamos en la otra punta. Confiamos en que los músicos, cuyo escenario está muy cerca, amenizarán las más de tres horas que quedan hasta que venga a por nosotros Manolis –consuelo que parece estar a punto de esfumarse cuando de pronto llegan dos amigos de las chicas portando bandejas. Nuestro ademán de levantarnos, sin embargo, es cercenado bruscamente por una de las chicas cuya nariz larga y pelo rizado recogido le da un aire de figura de friso minoico.

–Hay para todos, dice, señalando las bandejas cargadas de cabrito envuelto en papel apergaminado (la carne, hervida; es la costumbre, de esta forma se aprovecha el caldo), platos de *tsatsiki*, ensalada, pan y dos botellas de vino. Después de un cruce de excusas, ruegos, protestas y evasivas accedemos a tomar algo de vino. Hubiera pensado que un vino proveniente de una botella de plástico fuera algo rasposo pero si bien es un poco desfibrado deja en la boca un sabor a mosto muy agradable.

Los mejores souvenirs suelen ser los recuerdos de los desconocidos que han contribuido al disfrute del viaje con un mero detalle. Si uno es afortunado, tales recuerdos se van acumulando, entrando a modo de relicario a formar parte de una galería portátil que llevamos en la memoria. Con la excepción de la chica minoica cuya cintura de avispa y falda larga le daba un aire aún más parecido a una bailarina cretense moviéndose en un campo de azafrán y azucenas, se han despintado las

facciones de los otros tres jóvenes. Los recuerdo altos, hermosos y llenos de vida, pero sus caras permanecen difuminadas bajo la luz blanquecina y polvorienta que arrojaban los farolillos suspendidos entre los árboles y que envolvía como en una nube de incienso a todos los asistentes a la *panayiri*.

Aunque los cuatro viven en Atenas, los padres de las chicas nacieron en Icaría y como mucha gente que tiene lazos con la isla, es tradición volver a ésta para asistir a alguna de las muchas *panayiris*. El dinero obtenido (cada bandeja de comida y bebida cuesta diez euros) se destina a obras comunitarias como la reparación de escuelas o para asfaltar tramos de carreteras. Esto explica tal vez la red tan poco uniforme, como hecha de retazos, de las carreteras de aquí: de pronto el asfalto cede paso a la tierra batida y ésta a un tramo alquitranado en las cercanías de alguna aldea.

En algún momento de la conversación nos damos cuenta de que ha habido un cambio de ritmo en la música y es el violín el que ha asumido protagonismo. Abajo ha comenzado a bailar, los brazos entrelazados por los hombros, un pequeño círculo de gente y en poco tiempo éste se va convirtiendo en una espiral pronto encabezada por un líder que, levantando su mano derecha, ejecuta unos pasos casi acrobáticos. Jóvenes y no tan jóvenes, padres con niños aupados en los hombros van uniéndose a la espiral. Se mueven dando pasos ligeros ora pisando firmemente ora saltando, sin apenas levantar la mirada del suelo salvo para silbar o lanzar un grito. A medida de que avanza la noche la gente baila cada vez más apiñada, casi sumergida en un trance; la espiral se espesa, se ondula como un solo cuerpo y aunque de cuando en cuando alguien se retira para fumar o beber un trago, siempre hay otros que se incorporan. Pero el que parece incansable es el violinista. Es él el verdadero protagonista, el que dirige el baile frenético y, mientras le siguen acompañando el *baglamás*, el *santouri* y el tambor, baja del escenario de vez en cuando para tocar junto a los que bailan como si quisiera enfervorizarlos todavía más. Hace sus propias improvisaciones,

sus sucesivos glizzatos rasgan la noche, eleva la música hasta crescendos casi imposibles tensando las cuerdas tanto que parece que no resistirán; y cuando vuelve tras unas dilatadas cadencias a la consabida melodía, arranca gritos de aclamación en toda la explanada. Es difícil no sentirse embriagado con la música desenfadada y el baile que más bien parece una danza ritual, casi orgiástica, pero si uno no tiene raíces en un lugar no siempre se acoplan con facilidad el cuerpo y los pies a ritmos ajenos.

Hasta el amanecer no dejará de girar esta hélice humana. El *icariótiko*, sin embargo, no es lo único que bailan.

—Ya cerca de la madrugada bailaremos el *piperi*, dice uno de los chicos.

—Pero sólo los jóvenes, agregan las chicas riéndose.

Al hacernos una demostración, entendemos por qué. Se baila agachados con los brazos entrelazados por debajo de la entrepierna y azotados por otros dos que dan órdenes. Y también hasta la madrugada seguirán bebiendo... No existe palabra en griego para “resaca”, aunque un caldo llamado *patsás* preparado con patas e intestinos de vaca, y a veces los sesos, asienta supuestamente el estómago de los tahúres y demás noctámbulos. Se sirve sobre todo en las tabernas alrededor del mercado central de Atenas. También lo he probado en el Epiro. Confieso que es el único plato griego que he dejado tras probar una sola cucharada.

A la hora de despedirnos intercambiamos números de teléfono escritos en trozos de papel de estraza. Es muy dudoso que nos volvamos a ver, pero custodio sus difusas figuras como si fuesen iconos emborrnados por el humo de los cirios en mi iconostasio personal.

Hay que esperar a Manolis un buen rato —pero aparece justo cuando estamos pensando en volver a la aldea para encontrar algún tipo de transporte. Son casi las dos y media pero debemos de ser los primeros en abandonar la *panayiri*. Por el camino no paramos de encontrarnos con coches apresurándose por llegar hasta arriba. Las tabernas de los pueblos por los que pasamos a la subida siguen abiertas. De hecho, tan iluminadas están las plazas que, tras la oscura carretera, se tiene la sen-

sación de irrumpir en una escena de rodaje alumbrada por la luz de los focos. También las tiendas están abiertas, pero esto no tiene nada que ver con la *panayiri* nos cuenta Manolis. Es costumbre abrir ya avanzada la tarde; la gente se levanta tarde, almuerzan tarde y siguen trabajando en el campo hasta el anochecer. Es precisamente entonces cuando la gente que vive en las aldeas del monte puede acudir a los pueblos para comprar o reunirse en las tabernas. Incluso las panaderías abren tarde, aunque a veces dejan la puerta abierta para que entres a coger pan dejando allí el dinero, o también puedes pagar al panadero cuando le veas.

Algunos dicen, sin embargo, que este horario no sólo se ha impuesto por las tareas del campo y lo distanciadas que están entre sí las aldeas, sino que también se trata de un hábito adquirido durante las épocas en que la isla vivía amenazada por la piratería. A lo largo de la historia sucesivas oleadas de piratas —cilicios, sarracenos, malteses, genoveses y turcos— atemorizaban a los habitantes quienes se refugiaban en las zonas montañosas. Tales periodos de peligro llegaron a llamarse “las desapariciones” y dieron lugar a una arquitectura idiosincrática; dispersas por la isla uno puede encontrar, agazapadas tras un muro de piedra, unas casas bajas también de piedra, casi trogloditas, sin ventanas ni chimenea y con un techo de pizarra. En muchos lugares están tan empotradas entre las rocas que éstas hacen tanto de muro como de tejado ya que abundan los bloques de granito de forma aplastada que se asemejan a enormes alas de pájaro. Así podían vivir totalmente camuflados. Dada la abundancia, además, de riachuelos, había más molinos de agua que de viento, los cuales siempre son más delatores de la presencia humana.

También los ermitaños aprovechaban este terreno sembrado de piedras de extraña forma para construir sus celdas, siendo el ejemplo más curioso el monasterio de Theoktisti situado en la ladera de un monte no lejos de Armenistís en medio de un paraje de robles, encinas y plátanos de sombra bajo los cuales crece una maraña de helechos, hinojo y zarzamoras. Theoktisti era una monja originaria de Lesbos. Fue raptada por los piratas allá por el siglo IX. Al detenerse éstos en la isla de Paros,

la monja logró escapar de sus raptores y se refugió en el monasterio abandonado de Ekatontapilari donde más tarde murió. Siglos más tarde unos popes de Lesbos se trasladaron a Paros para recoger los huesos de la monja y llevarlos a su isla nativa, pero en el viaje de regreso una tormenta los obligó a recalar en Icaría. Durante su estancia aquí gran parte de los huesos fueron robados por los habitantes de la isla y llevados hasta una cueva. Posteriormente fueron enterrados bajo el suelo de la iglesia construida en 1300 junto a las celdas de los ermitaños empotradas entre las rocas. La iglesia que alberga los huesos de Theoktisti es curiosa; tiene un esbelto campanario, tejado de pizarra y un descomunal contrafuerte adosado a uno de sus laterales. Tras este exterior algo tosco resulta una sorpresa el toparse en el interior con unos frescos muy refinados realizados en tonos rosáceos, verde pálido, color teja y sangre de buey. Aún queda un brazo de la santa en Paros pero los popes consiguieron llevar hasta Lesbos algunos de los restos. La diáspora de los huesos de los santos es desde luego prodigiosa, sólo comparable a la de los expolios de antigüedades siglos más tarde.

Desde un cercado junto a la entrada, vigilan a los visitantes unas cuantas cabras, cacarean gallinas y pian polluelos. En el antiguo refectorio se vende aceite, miel, pasta casera e hierbas aromáticas para así contribuir al mantenimiento del monasterio. Es un lugar que respira vida y sin embargo las últimas monjas lo abandonaron hace treinta años. Más allá del huerto hay una escalera que lleva a una celda, ahora convertida en capilla, que fue construida insertando piedras y argamasa entre dos planchas de granito; la inferior hace de suelo y la superior, que sobresale como una enorme visera, hace de tejado. No parece sino la ilustración de un cuento de hadas y constituye sin duda el ejemplo más espectacular de esta arquitectura del período de “las desapariciones” –desapariciones que al menos fueron voluntarias; Icaría también ha sido a lo largo de la historia, al igual que otras muchas islas, un lugar a donde se mandaba gente para hacerlos desaparecer –ya sea cristianos bajo Nerón, o bien bizantinos que incomodaban al emperador de turno. Ya en la

era moderna adversarios políticos de Venizelos y más tarde de Metaxas se alternaban en el exilio hasta los años de la guerra civil cuando unos 15.000 comunistas fueron confinados en Icaria, entre ellos el compositor Theodorakis quien pasó la mayor parte del año 1947 en la aldea de Vrakades, situada al oeste de la isla. Aún se puede ver la casa –la “casa de Los Escorpiones”– donde estuvo alojado.

También hay en Vrakades un pequeño museo de folklore que, según nos informaron, sólo se puede visitar con cita previa. Además de exponer distintas herramientas agrícolas y domésticas así como reliquias eclesiásticas, custodia también los documentos relativos a la historia de la isla, sobre todo a su movimiento independentista. Tras librarse de los Otomanos, bajo los cuales siempre habían sido súbditos recalcitrantes –incluso llegaron a asesinar a un recaudador turco–, los Icaríotas proclamaron en julio del 1912 el Estado Libre de Icaría con su propio gobierno, himno y sellos. Este estado independiente que sólo duró unos cinco meses antes de incorporarse en noviembre del mismo año al estado heleno, fue forjado en esta región pedregosa en torno a Langada y Vrakades. Parecería apto, pues, que esta última aldea sea la depositaria de las señas de identidad Icaríota, señas que en estos tiempos de recepción son aún añoradas por algunos.

Los exiliados políticos, tanto los de la guerra civil como más tarde durante la Junta de coroneles, vivían entremezclados con los habitantes de la isla desempeñando tareas de construcción. Ciertamente Icaría era un destino mucho más benigno que la isla de Macrónisos adonde fue llevado Theodorakis más tarde. Tal vez la buena relación con los demás isleños explique el que casi la mitad de la isla vota todavía hoy por el Partido Comunista. Aun en pleno verano había una fervorosa actividad política y se veía a grupos de hombres colocando carteles que anunciaban mítines del K.K.E. Pero por muy buenas que fueran sus relaciones con los Icaríotas, para un prisionero encarcelado en una isla los acantilados debieron ser baluartes insalvables y el mar, tan tempestuoso a veces, una fosa insalvable. Tendemos a olvidar los tristes papeles que

han desempeñado las islas a largo de la historia; hoy en día una isla se ha convertido en un símbolo romántico, el refugio perfecto para huir de una vida tediosa, con el mar alrededor como un parapeto contra la rutina. La palabra “isla”, sobre todo si es griega, ahora es además casi sinónima de playa, aunque es cierto que un yacimiento antiguo puede todavía ejercer un reclamo adicional.

Icaría no puede competir con otras muchas islas en este último terreno: unos cuantos menhires prehistóricos cerca del aeropuerto, un emplazamiento neolítico apenas explorado y unas exiguas ruinas de lo que eran núcleos importantes en la época clásica si bien en uno de ellos –Drákanon– la torre circular del siglo IV a.C. está excepcionalmente bien conservada. En medio de un pedregal, en la punta más oriental de la isla, la torre se yergue solitaria frente a la costa de Asia Menor guardando el estrecho entre Fourni y Samos. Carece de techo y la parte superior está algo mellada, pero aún conserva intactas veinticinco hileras de bloques de mármol labrado. A juzgar por la disposición de las troneras podemos suponer que tenía tres plantas. También quedan algunos tramos de los muros de fortificación y la base de un par de torres cuadradas. Parece haber sido un emplazamiento militar, parte de un sistema de comunicaciones mediante el empleo de espejos de día y hogueras por la noche. La leyenda, sin embargo, empeñada en la conexión con Ícaro, cuenta que aquí fue dónde éste ocultó un tesoro. La pendiente que baja hasta la pequeña capilla de Agios Yorgos está sembrada de fragmentos de mármol y uno sospecha que algunas piezas de factura clásica se reutilizaron en la construcción de la capilla. Las iglesias ubicadas al lado de los yacimientos siempre tienen, o al menos a los amantes de las piedras antiguas se nos antoja, un aire de autosuficiencia y culpabilidad. Es un enclave bello y desolado, el silencio sólo roto por las olas rompiendo abajo en las rocas donde antaño habría estado el puerto y el zumbido de las abejas hurgando en las flores del tomillo, un zumbido tan sonoro que los arbustos parecen estar hirviendo al sol. La única señal de vida, una enorme cabra (o *rasca*, como dicen aquí) de

pelo largo blanco y con aire de profeta que nos espía desde una roca y un par de aves de rapiña cerniéndose sobre los matorrales.

Justo en la otra punta de la isla, en el rincón noroccidental de ésta, hay otro enclave que tuvo gran importancia en la Antigüedad: Nas (una corrupción de la palabra *naos*, templo). El templo en cuestión es el de Ártemis Taurópolos, la “cuidadora de toros”. Hay que recordar que Nas habría sido el último puerto para que los peregrinos que venían de Asia Menor, sobre todo desde Éfeso donde también hubo un templo de Ártemis, pudiesen fondear antes de hacer la travesía hasta el gran centro comercial y religioso que fue Delos, isla en la que se encontraba el templo de Apolo su hermano. También habría sido un alivio para ellos atracar en Nas a la vuelta de Delos, ya que se trata de un trayecto de mar abierto y por ende peligroso para los navegantes de la Antigüedad que solían navegar entre horizontes nunca vacíos.

Del santuario no queda más que el muro de arranque de un templo y la base de lo que habría sido una estatua de culto, tal vez consistente en un trozo de madera sagrada: es decir algo no hecho por mano humana. También más abajo, a nivel de la playa, se pueden apreciar los restos de unas instalaciones portuarias. Gran parte del templo fue transportado por asnos hasta el pueblo de Christós Rachón para ser utilizada en la construcción de la iglesia de la Metamorfosis. Otros fragmentos habrían desaparecido en los hornos de cal y triturados hasta convertirse en mortero. El emplazamiento del santuario es desde luego digno de una diosa protectora de los animales y la vegetación, situado como está en la desembocadura del río Halaris. Un empinado sendero con escalones baja desde la aldea hasta la misma playa, pero vale la pena ver la garganta del río aunque sea subiendo por el camino de tierra que discurre paralelo a ésta. El agua, de un color verde musgo, va colándose entre rocas de granito, cayendo en cascadas y remansándose en una sucesión de pequeños charcos entoldados por plátanos de sombra, hasta detenerse a los pies del santuario donde en vez de salir al mar, al menos en verano, forma una laguna orlada de juncos en la que flotan enormes